

**SIMON BOLIVAR Y LA LEGITIMIDAD**

**LA SIGNIFICACION HISTORICA DEL LIBERTADOR**

**ALVARO GOMEZ HURTADO**

**Político, Pensador y Escritor  
Embajador de Colombia en Washington**

Este es el último capítulo de la serie "La significación Histórica del Libertador", escrita por Alvaro Gómez Hurtado.

En él sostiene su autor que la vocación de Bolívar por la legitimidad condujo indirectamente a que, años después de su muerte, el partido bolivariano desapareciera de la política, quedando tan sólo las tendencias liberales extremista y moderada, de las que había de surgir, pasado el tiempo, el partido conservador.

Contra lo que suele afirmarse, no eran dos los bandos políticos existentes en 1830, sino tres. Dos de ellos eran extremistas y uno medianero, siendo los primeros el de los liberales violentos y el de los que pudieran llamarse ultrabolivianos, y el último, el de los que podrían cobijarse bajo el nombre liberales moderados o También de bolivianos liberales. El grupo de ultra-bolivianos adquirió bien pronto imprevistas características, por cuanto en él formó gente ambiciosa, principalmente militares, que con el pretexto de "salvar la Patria" de la anarquía, se mostraban irreverentes con el orden jurídico y despreciaban la legitimidad. El derrocamiento del gobierno legítimo hecho por los vencedores de El Santuario, fue la piedra de toque o, mejor, el catalizador que produjo la decantación de los elementos extremistas dentro del conjunto de los bolivarianos.

Aquel golpe no había sido premeditado. Surgió de una grave situación de anarquía. Bien pronto, sin embargo, tomó el aspecto de una imposición militar. El gobierno legítimo, presidido por Joaquín Mosquera logró reconstituirse luego, en torno a Caicedo, no sin graves titubeos y vacilaciones.

Pero Bolívar en ningún momento quiso comprometerse con la usurpación, no obstante que eran sus amigos quienes se habían adueñado del poder. Cuando le ofrecieron el mando lo rechazó indignado: "Me quieren comprometer y yo rehuso. . . ustedes instan mucho porque yo me vuelva un faccioso y me ponga a la cabeza de unos rebeldes. . . Ahora me llamarán ingrato porque no he querido ser vil instrumento de los que se llaman mis amigos". Al propio general Urdaneta, encargado provisionalmente del gobierno, y que lo llama para que asuma la presidencia, le contesta en términos de extraordinaria franqueza: ". . . No me ha sido posible decidirme a aceptar un mando que no tiene otros títulos que dos actas de dos concejos municipales. Además el señor Mosquera no ha renunciado a su título y mañana se hará reconocer en otra parte. . . entonces él será presidente legítimo y yo usurpador. . . Santamaría (comisionado por Urdaneta para invitarlo a Bogotá) me dice que si no acepto el mando habrá infaliblemente una espantosa anarquía, pero ¿qué he de hacer yo contra una barrera de bronce que me separa de la presidencia? Esta barrera es el derecho: no lo tengo ni lo ha cedido el que lo poseía; por consiguiente esperemos a las elecciones. . ." Atónito ante el hecho consumado, Bolívar ofrece sus servicios, primero como mediador; "si hubiera un servicio útil a la patria y conveniente, yo lo haría en el acto; este servicio no podría ser otro que el de mediador entre tan crueles adversarios". Como el país se desintegra velozmente en la más tremenda anarquía, ofrece sus servicios como general. Su ambición es marchar a Venezuela para reconstruir la Gran Colombia: "También yo haré mi deber, porque yo soy venezolano y esa es mi tierra. . . No

iré a Bogotá, donde Urdaneta queda mandando. No he admitido el mando porque es de bochínche y no quiero mezclarme con asesinos y traidores. . .”.

El origen del poder que se le ofrece le causa verdadero horror: “No quiero admitir el mando que me confieren las actas porque no quiero pasar por un jefe de rebeldes y nombrado militarmente por los vencedores. . . Yo no puedo vivir entre asesinos y facciosos; yo no puedo ser honrado entre semejante canalla”. A los amigos que le escriben a Cartagena y Soledad les replica en idéntica forma. A don Estanislao Vergara, ministro de Urdaneta, le dice: “. . . Me exige usted que yo marche a Bogotá a consumar una usurpación que la gaceta extraordinaria ha puesto de manifiesto sin disfrazar ni una sola coma la naturaleza del atentado. No, mi amigo, yo no puedo ir, ni estoy obligado a ello, porque a nadie se le debe forzar a obrar contra su conciencia y las leyes. Tampoco he contribuido en la menor cosa a esta reacción ni he comprometido a nadie a que lo hiciese. Si yo recogiese el fruto de esta insurrección yo me haría cargo de toda su responsabilidad. Créame usted, nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones, y últimamente he deplorado hasta la que hemos hecho contra los españoles”. Explica luego el ofrecimiento de sus servicios como militar diciendo: “Santamaría me hizo ver que ustedes se iban a dividir en mil partidos y se arruinaba completamente la patria si redondamente yo respondía que no aceptaba: ofrecí, pues, disimular, hablando vagamente de servir como ciudadano y como soldado. Sin embargo, no dejé de manifestar al General Urdaneta que yo no iba a Bogotá ni aceptaba el mando: lo mismo he dicho a los amigos. Por consiguiente, yo no he engañado a nadie sino a los enemigos para que no acaben con ustedes de repente y de nuevo”.

Pero su preocupación va más lejos: se inquieta por el efecto que su conducta pueda haber causado en el presidente legítimo, don Joaquín Mosquera. A pesar de la actitud vacilante de éste y su endeble lealtad hacia el Libertador, y no obstante considerar que el señor Mosquera, “mi héroe, se ha convertido en una calabaza”, busca al señor José María Cárdenas para que lo visite en su nombre y le dé explicaciones. Se queja de que el presidente legítimo, su mejor amigo, “el que hubiera escogido por hermano” lo hubiese echado de Colombia. Pero agrega: “No puede el señor Mosquera quejarse de mi conducta en Cartagena pues ha sido la que debía tener un hombre como yo; en nada me he mezclado que no fuera para aconsejar la sumisión a las autoridades y a las leyes; en nada he contribuido a derrocar su autoridad. Pudiera decirse que yo la he sostenido mientras duró; mas cuando llegó la hora de la exaltación más ilimitada, no me fue posible contener unos espíritus belicosos que temían, con razón, la misma suerte que yo, es decir, la misma ingratitud con ellos”. Pero Bolívar está lejos de aceptar el hecho cumplido de la usurpación. Por eso no vacila en ordenar: “De esto puede usted asegurar al señor Mosquera y añadirle de mi parte que he estado tan lejos de volver al mando que no he aceptado ninguno, a pesar de los ruegos constantes de todos mis amigos y de infinitos extraños. Y me comprometo, además, a no admitir la presidencia aun cuando los pueblos me nombren legalmente, pues estoy resuelto a vivir y morir como un simple ciudadano”.

En sus últimas cartas, el Libertador se torna aún más duro con Urdaneta:

“... Todo el tiempo que usted mande será usurpación, tiranía, despotismo, arbitrariedad, porque ni la junta de Bogotá podría legitimar ningún acto ni yo tampoco, y no sería muy extraño que lo maten a usted como tirano, cuando menos se pensase, y volvería a quedarse la república en completa anarquía: todo por no haber cumplido con la ley de elecciones. Todavía podemos suponer todo lo que se quiera y suponer cuantos casos felices puedan ocurrir, pero a los ojos de todas las naciones y de todos los hombres sensatos, no seríamos más que unos infelices usurpadores, pues ninguna ley justificaría nuestro poder”.

Pese a esta enfática desautorización del Libertador o, acaso justamente por ella, el partido boliviano sufrió las duras consecuencias del fracaso de la aventura usurpadora. Tras la muerte de Bolívar y el convenio de Apulo, desapareció de la política. Sólo subsistieron, pues, las dos tendencias liberales, la extremista y la moderada, unidas ahora contra el recuerdo del bolivarianismo y, por extensión, contra el recuerdo del propio Libertador. De ellas habría de surgir, pasados los años, el partido conservador.

## QUIEBRA DE LA CONTINUIDAD BOLIVARIANA

Si nos hemos detenido en este episodio de la vida del Libertador, no es sólo por su significado actual, sino porque la incomprensión del héroe por amigos y enemigos dio origen a la discontinuidad que antes advertíamos entre la figura eminentemente conservadora de Bolívar, y el conservatismo como partido político.

Es no poco desconcertante que el primer programa del partido lleve la firma de un septembrino y que en él sus autores no se atrevieran a hacer mención del nombre de Bolívar. Es más: la preocupación sobresaliente de aquel documento y de los comentarios que le sucedieron parece consistir en demostrar que, como lo sostenía Ospina Rodríguez, “entre bolivianismo y conservatismo no existía ninguna relación”. A los santanderistas que insistían en enrostrarle a los conservadores el recuerdo de Bolívar, José Eusebio Caro exaltadamente les gritaba: “¡Mentis! entre los conservadores hay bolivianos, como los hay entre vosotros, pero los conservadores no son bolivianos. ¡Mentís! los conservadores de la Nueva Granada no pueden ser los bolivianos de Colombia; los conservadores de 1849 no pueden ser los bolivianos de 1828; los conservadores que no tienen, que no quieren tener jefe, no pueden ser los bolivianos que sólo vivían por su jefe, que tomaban por nombre el nombre de Bolívar, de Bolívar que duerme hace ya diecinueve años el sueño del sepulcro!...”

El nombre de Bolívar se convirtió entonces en un sambenito! Había sido tan grande la confusión en torno a sus ideas políticas y tan intenso el temor al autoritarismo militar que pretendía invocarlas, que aquellos primeros conservadores no vacilaron en desprenderse de la gloria del Padre de la Patria y en aceptar su filiación a bandos políticos que parecían adversos a su memoria. Es duro tener que hacer este reconocimiento histórico. Pero más doloroso y cruel debió ser para aquellos hombres asumir tal actitud. Y esa lección no podemos desaprovecharla. Hubiera sido explicable que por temor reverencial o por contagioso entusiasmo con la magnitud del héroe que acababa de morir, sus fieles amigos hubieran tran-

sigido con una forma de despotismo que pretendía emanar de sus doctrinas. Pero ello no ocurrió. Había podido suceder también, que para premiar a unos héroes cesantes que por lo menos tenían el muy reducido título de ser generales victoriosos, se sacrificara una tradición civilista recién nacida en el fragor de los combates. Y sin embargo no fue así.

La gloria de Bolívar expió en el odio, en el desprecio y a veces casi en el olvido, el uso que de su prestigio se había hecho para cohonestar la tiranía. El partido conservador renunció a una herencia de gloria que le permitía arraigar su ascendencia como partido en la más noble figura de la historia americana; lo hizo por temor de sacrificar sus principios que no podían unirse, ni siquiera transitoriamente, al carro de la ambición personalista. En el campo del pensamiento, esta ruptura histórica puede tenerse, si no como un contrasentido, por lo menos como un exceso de prudencia. En el campo de la política, sin embargo, esa intransigente fidelidad doctrinaria nos ha dado a los conservadores autoridad para intervenir por más de cien años en los destinos del país.

No podemos establecer, ni siquiera hoy día, si aquella ruptura del conservatismo con la herencia bolivariana fue necesaria. Vista a distancia, resulta ilógico que se haya producido en virtud, no de las ideas preconizadas por el Libertador, sino atendiendo a la desfiguración de orden práctico que ellas habían sufrido. Ahora podemos pensar que hubiese bastado divulgar una antología de las muchas y constantes descalificaciones que Bolívar hizo en todo tiempo de la tiranía y de cualquier autocracia militar, para establecer el sentido auténtico de su pensamiento político. Sin embargo, en el medio revolucionario en que se desarrollaba la política de la época, esta rectificación carecía de eficacia popular. El propio Libertador gastó los tres últimos años de su vida precisando conceptos, que resbalaban en la tersa superficie de una opinión liberal marmórea y fría, que suprimía las matices y no aceptaba sino formulaciones dogmáticas de estricta ortodoxia clasicista.

Entre los primeros colombianos que se llamaron a sí mismos conservadores había quienes procedían de la conjura septembrina y pertenecían, por lo tanto, al bando liberal existente ya en los tiempos de Bolívar; y había también otros, que sin dejar de ser bolivarianos, no vieron más camino que el de plegarse ante el auge arrollador de las doctrinas liberales. Entre las cartas de Bolívar y la promulgación del programa del partido en 1849, no hay en el país una literatura que pueda propiamente llamarse conservadora. Hubo sí brotes de conservatismo temperamental o si se quiere, circunstancial, y no siempre en el bando que luego se convirtió en el partido conservador. Acaso esos brotes fueron más frecuentes en la facción santanderista, que por aquel entonces se había hecho autoritaria. Del señor Francisco Soto, vocero del gobierno del general Santander, son las siguientes frases, cuyo sentido antirrevolucionario y realista desafía todos los cánones de la escuela liberal: "El ejecutivo está convencido de que no tanto importa crear como conservar lo que existe; y que es menos conveniente a la Nueva Granada imitar servilmente lo que en otros países ha sido provechoso, que perfeccionar lo que las costumbres y la opinión general sostiene para nosotros. . . Permitidme, señores, decía a los congresistas de 1837, que os recomiende la máxima fundamental de

que es necesario respetar siempre lo que existe, no con la veneración ciega de la superstición, sino para observarlo con el ojo atento y perspicaz de la filosofía. . . que nunca se invierta el orden empezándose por hacer experiencia de lo nuevo por haber rechazado inopinadamente lo antiguo. . . como las naciones no son simples individuos que fácilmente pueden volver al camino abandonado cuando el nuevo presenta mayores obstáculos, no deben servir nunca de instrumento o de materia para hacer experimentos que acrediten o refuten nuevas teorías”.

## **SINTESIS DE LO BOLIVARIANO Y LO CONSERVADOR**

A cualquier gobernante, por irresponsable que fuera, tenía que presentársele el problema de la discontinuidad americana como el más importante y amenazador de cuantos conlleva la cosa pública. Las naciones hispanoamericanas habían nacido a la libertad con el pecado original de la revolución; estaban, por lo mismo, destinadas a destruir sus propios valores esenciales, como en efecto ha ocurrido desde entonces. La tarea política primordial era, por tanto, la de la conservación. El afán político de Bolívar puede sintetizarse en el anhelo de institucionalizar a los países que había libertado. Es éste un planteamiento que sobrepasa el simple campo de las formas de gobierno. Nadie puede negar que la monarquía española era un régimen institucional, con sus expresiones jurídicas tradicionales que amparaban eficazmente la libertad individual y que ofrecía una estructura constitucional, buena o mala según los casos, pero que servía para mantener el “sagrado derecho a la continuidad”. Derrumbado el sistema político español, el intento de replazarlo por formas semimonárquicas no era ciertamente una insensatez, sino acaso lo que más le hubiera convenido a estos países. El ejemplo del Brasil, donde una monarquía moderada hizo el tránsito hacia la república, evitándole a ese país el inútil desangre de las guerras civiles, es por demás elocuente. Tildar a Bolívar de monarquista, con ánimo de agraviarlo o de enturbiar su memoria, es un despropósito. Porque él no quiso ser rey y el cargo de ambicioso caería por su base. Y si lo que se pretende es hacerle una acusación política, también ella sería insensata porque cualquier hombre de Estado, viviendo en el epicentro revolucionario, se hubiera aferrado quizás con más ahínco, a la única forma de gobierno que en aquellos tiempos podía tenerse como tradicional.

La diferencia entre monarquía y tiranía no consiste sólo en sus fines, en cuanto que la primera procura el bien común y la segunda el bien del tirano, sino también en aquella es institucional mientras que ésta no lo es, no puede nunca serlo. Por eso Bolívar, tan monarquista como se quiera suponerlo, pero a quien según sus propias palabras, le resultaba “insoportable el espíritu militar en el mando civil”, se declaró enemigo de toda dictadura y en especial del sistema militar, que, según decía, sólo “es el de la fuerza y la fuerza no es (una forma) de gobierno”.

Todas estas precisiones de conceptos eran imposibles en el clima exacerbado que siguió a la cruel contienda emancipadora. La simplificación impuesta por las exigencias políticas del momento fue la causa de la ruptura del vínculo que esencialmente existía entre el pensamiento bolivariano y el modo de ser conservador.

La síntesis de estos dos elementos no se hizo sino mucho después, mediante un lento proceso de simbiosis, en que de un lado se restauró la gloria del Libertador y de otro se morigeraron los excesos de un liberalismo de origen puramente defensivo y ocasional.

Bolívar había muerto, a los ojos del neoclasicismo, como un desgraciado. Su prestigio de liberal había quedado mancillado y su gloria habíase extinguido en la soledad de San Pedro Alejandrino, en la forma oscura y melancólica que la literatura dieciochesca reservaba a los héroes fracasados.

Pero ya a mediados del siglo pasado, en pleno romanticismo, la complejidad del personaje empieza a comprenderse. Entonces se descubre en Bolívar una problemática interior que sus amigos no supieron entender. El hombre de las dificultades y de los desfallecimientos encajaba también dentro del nuevo tipo histórico vigente. Sus debilidades de otrora se tornaban en valiosas y dicientes expresiones de su temperamento. Junto al Bolívar de las proclamas fulgurantes, surgía un Bolívar confidencial e íntimo. El Bolívar que decía: “Yo he vuelto a entrar en mi oficio de **pobre diablo**: ya todos mis gustos son plebeyos, enemigos del poder y de la gloria. He vuelto, en fin, a mi antiguo ser que era lo que los franceses llaman un vaurien. Sí amigo, me he convertido al camino del cielo: me estoy arrepintiendo de mi conducta profana, cansado de imitar a Alejandro ando en pos de Diógenes, para robármele su tinaja, o su tonel o su casa. . .”. O cuando afirmaba: “Yo siento que la alegría de mi alma se eleva, se ensancha y se iguala siempre a la magnitud de los peligros. Mi médico me ha dicho que mi alma necesita de alimentarse de peligros para conservar mi juicio, de manera que Dios al crearme permitió esta tempestuosa revolución para que yo pudiera vivir ocupado en mi destino especial. Si Madame Stael me prestara su pluma, diría con ella que soy el genio de la tempestad. . .”.

Ese Bolívar cuyo temperamento lograba ahora ser comprendido, consiguió también que su pensamiento fuera reivindicado. El proceso fue, sin embargo, muy lento, porque si bien la recuperación afectiva del héroe logró bien pronto la adhesión entusiasta de los colombianos, la compenetración intelectual no tuvo en mucho tiempo adecuados exponentes. El conservatismo tardó en hacerse consciente de aquellos elementos (enunciados aquí por José Galat: tradición, realismo, jerarquía) que habían sido característicos en el Libertador y que habían constituido las magnitudes esenciales del partido aún en su época de liberalismo defensivo. Dos hitos pueden señalarse en esta trayectoria: Sergio Arboleda, con su estudio sobre la Revolución en América, en que por primera vez se hizo entonces un análisis omnicomprendivo del fenómeno revolucionario en que hemos vivido. Y Miguel Antonio Caro, que logra plasmar en formas jurídicas toda la complejidad de la organización del Estado. Embrionariamente en el primero y con plena madurez en el segundo tenemos ya expresiones auténticas de un pensamiento conservador sistemático: una reivindicación del sentido de la época colonial, contra la historiografía del iluminismo; una recuperación del sentido de autoridad bolivariana, contra el igualitarismo naturalista; un sentido de orden contrario al individualismo revolucionario y racionalista.

Esta gran síntesis de los elementos conservadores ha sido la gran conquista de nuestro partido, que lo distingue de los otros que en el mundo han tenido el mérito de mantener igual denominación. Esta conquista hizo posible la Carta de 1886 que hoy todos añoramos y que en su tiempo fue muy significativamente tildada de monárquica. El partido conservador dio con ella al país la prueba de que, a pesar de nuestro clima, de nuestro temperamento, de nuestra pobreza y de nuestra enfermedad revolucionaria, podemos ser capaces de vivir civilizadamente dentro de un sistema institucional. Esa es la gran conquista que ahora se nos pide que abandonemos, como si no hubiera costado cien años de experiencia, como si los pueblos pudieran darse el lujo de incinerar su pasado. Eso que se nos propone es, por definición, la síntesis de lo conservador.

El objeto de esta charla no ha sido otro que el de despertar vuestra inquietud sobre un nuevo proceso de desfiguración abusiva del pensamiento bolivariano, que se adelanta con importantes medios de difusión, para que defendamos su valiosa complejidad que es un producto de alta cultura, de las pretensiones simplificadoras de quienes no entienden la política sino como un choque primitivo y bárbaro de fuerzas físicas.

**En la soledad de San Pedro Alejandrino, un Bolívar confidencial e íntimo exclamó: "Yo he vuelto a entrar en mi oficio de pobre diablo: ya todos mis gustos son plebeyos, enemigos del poder y de la gloria. He vuelto, en fin, a mi antiguo ser que era lo que los franceses llamaban vaurien. Sí, amigo, me he convertido al camino del cielo: me estoy arrepintiendo de mi conducta profana, cansado de imitar a Alejandro, ando en pos de Diógenes para robármele su tinaja, o su tonel, o su casa. . .".**